

# Cincuenta años al servicio de España



LA XIV promoción de Infantería, a la que pertenece Su Excelencia el Jefe del Estado, celebró el pasado mes de noviembre sus Bodas de Oro en el recinto glorioso del Alcázar toledano. Asistieron también los miembros de las promociones que en 1907 ingresaron en las Academias de las demás Armas y Cuerpos del Ejército, que han querido sumarse al homenaje que ofrecieron a la más destacada figura militar en la persona del Generalísimo Franco.

Hace cincuenta años, la Academia de Infantería de Toledo, cerrada después de la pérdida de nuestras colonias, abría de nuevo sus puertas en agosto de 1907. Trescientos cincuenta y cuatro cadetes vistieron entonces, por primera vez, el uniforme del Ejército. Entre ellos figuraban Francisco Franco, Juan Yagüe, Camilo Alonso Vega, Emilio Esteban Infantes, Apolinar Sáenz de Buruaga, Santiago Amado Lóriga, Darío Gazapo... De aquellos 354 cadetes, sólo 70 acudieron a la cita. Del resto, todos desaparecidos, la mayor parte cayeron en los campos de África y en nuestra Guerra de Liberación. Todos contribuyeron con su servicio, su heroísmo y su sacrificio a poner bien alto el pabellón de la XIV Promoción, que reúne quince Medallas Militares y cinco Laureados de San Fernando. De la promoción de Artillería del año 1907 asistieron 33 jefes; 14 de la de Ingenieros; 12 de la de Caballería; 8 de la de Intendencia; 2 de la de Sanidad, y 3 de la de Veterinaria. Hay en las hojas de servicio de todos estos hombres menciones de cien batallas. Casi todos se forjaron en los campos de África, yunque y crisol de los mejores soldados de España, y conocen de memoria la ejecutoria singular de Francisco Franco, que destacó en tan difíciles ocasiones y entre tan destacados militares como los que el pasado noviembre se dieron cita en Toledo para ofrecerle su homenaje.

Ya en otras ocasiones se ha reunido allí, con el mismo propósito, la XIV Promoción de Infantería. Es curioso destacar que en marzo de 1926, cuando Francisco Franco, a los treinta y cuatro años de edad, asciende al Generalato, sus compañeros de promoción ofrecieron un homenaje al General más joven del Ejército español, al que entregaron una reproducción de la espada del Capitán Mondragón, héroe de los Tercios de Flandes, y un pergamino que contenía una profecía. Decía así:

«CUANDO EL PASO POR EL MUNDO DE LA ACTUAL GENERACION NO SEA MAS QUE UN COMENTARIO BREVE EN EL LIBRO DE LA HISTORIA, PERDURARA EL RECUERDO DE LA EPOPEYA SUBLIME QUE EL EJERCITO ESPAÑOL ESCRIBIO EN ESTA ETAPA DEL DESARROLLO DE LA VIDA DE LA NACION.

LOS NOMBRES DE LOS CAUDILLOS MAS INSIGNES SE ENCUMBRARAN GLORIOSOS.

Y SOBRE TODOS ELLOS SE ALZARA TRIUNFADOR EL DEL GENERAL DON FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE PARA LOGRAR LA ALTURA QUE ALCANZARON OTROS ILUSTRES HOMBRES DE GUERRA, COMO LEIVA, MONDRAGON, VALDIVIA Y HERNAN CORTES. Y A QUIEN SUS COMPANEROS TRIBUTAN EL HOMENAJE DE ADMIRACION Y AFECTO POR PATRIOTA, INTELIGENTE Y BRAVO.

TOLEDO, 10 DE MARZO DE 1926.»

No era difícil, ciertamente, el vaticinio, porque Francisco Franco, Capitán en 1915, a los veintitrés años; Comandante, en 1917, a los veinticinco; Teniente Coronel en 1923, a los treinta y uno; Coronel en 1925, a los treinta y tres, y General en 1926, a los treinta y cuatro, con todos los ascensos por méritos de guerra, tenía bien acreditadas esas dotes de patriota, inteligente y bravo.

A Franco, al servicio de España desde los quince años, le reservó el destino servicios que, generalmente, no correspondían a su edad como no correspondía la madurez de un hombre que, por eso, es una excepción. No pocas veces ha sido necesario saltar el escollo de su edad para ascenderle por méritos indiscutibles. Cuando Rafael Valenzuela, el Jefe del Tercio, cae en Tabuarda, Franco acompaña hasta Zaragoza los restos de «uno de los mejores soldados del Ejército», en expresión de don Alfonso XIII. La Legión se había quedado sin jefe. El nombre del sustituto está unánimemente en el pensamiento

de todos: FRANCO. Pero Francisco Franco Bahamonde tiene sólo treinta años y no es Teniente Coronel. Su hoja de servicios hace indiscutibles sus méritos. Y el Consejo de Ministros se reúne el 7 de junio de 1922 exclusivamente para ascender a Franco a Teniente Coronel y darle el mando de la Legión, que le corresponde por derecho y por fuero de valor, que es suprema ley para la más aguerrida unidad de nuestro Ejército.

El vaticinio se ha cumplido al pie de la letra. Francisco Franco, que en 1934 fué ascendido a General de División, acudía a una reunión que se celebraba el 29 de septiembre de 1936 en el campo de San Fernando, un improvisado aeródromo entre los encinares salmantinos. Le esperaban allí Orgaz, Mola, Queipo de Llano, Dávila, Saliquet, Cabanellas, Moreno Calderón, Gil Yuste y Montaner. Y allí se decidió, por unanimidad, nombrar a Francisco Franco Generalísimo de los Ejércitos nacionales. Contaba entonces cuarenta y



El Generalísimo Franco con sus compañeros de la XIV Promoción de Infantería.



Franco, con los Ministros del Ejército y de la Gobernación, preside, en el patio del Alcázar, la misa con que las promociones de 1907 celebraron sus bodas de oro con el Ejército. (Fotos Alfonso y Cifra.)

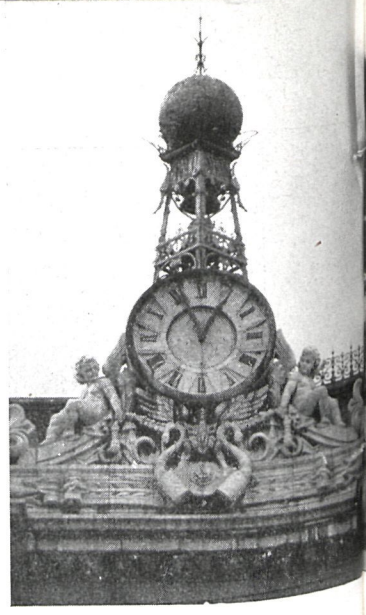
cuatro años de edad y era el General más joven de Europa. Por aquellos días, Indalecio Prieto resumía la situación con estas palabras: «¿Dónde van esos locos? ¿No ven que tenemos lo necesario para vencerlos: el dinero, las zonas industriales indispensables para la guerra, la escuadra, las costas, la aviación, el material bélico, los hombres?». Era toda la verdad. En esas circunstancias asumía Franco el mando del Ejército y la Jefatura del Estado. El 1 de octubre de 1936 prometía: «Mi mano será firme; mi pulso no temblará y yo procuraré alzar a España al puesto que le corresponde. Y lo haré o moriré en el empeño».

El 1 de abril de 1939, a los treinta y dos meses de lucha encarnizada contra el comunismo, tan bien representado por las Brigadas In-

ternacionales y por los que querían entregar a España al mando moscovita, un parte del Cuartel General del Generalísimo anunciaba que, cautivo y desarmado el ejército rojo, las tropas nacionales ocupaban los últimos reductos militares. La Guerra había terminado. Se había ganado para España el progreso, la justicia y la esperanza.

En sus cincuenta años de vida militar, Francisco Franco no ha defraudado a nadie y ha cumplido, a rajatabla, el juramento que hace medio siglo formulara en el patio de Carlos V del Alcázar de Toledo. Sus compañeros de promoción se reunieron en el mismo lugar, hace unos días, para renovar el testimonio de una adhesión inquebrantable, hasta la muerte, a la figura del mejor soldado de España.

FRANCISCO DEL VALLE ARROYO



1.º—Palacio Real  
 2.º—Puerta del Sol  
 3.º—Iglesia de Santa Cruz  
 4.º—Banco de España

1.º—Estación del Norte  
 2.º—Reloj de Salón del Palacio Real  
 3.º—Idem íd. íd.  
 4.º—Correos (Fotos Lendínez.)

# LOS RELOJES DE MADRID

**T**ODAS las ciudades y las villas del mundo tienen su reloj, acaso sus relojes, si aquéllas son mayores, que rigen de un modo, bien puede decirse que total, la vida ciudadana o pueblerina. Madrid tiene los suyos, que a medida que los barrios van haciéndose independientes, van aumentando el número. Pero pese a todo, en Madrid todos los que llevan reloj de oro en la muñeca o mismamente de metal, las que lo llevan de platino con perlas, o corrientito, se siguen rigiendo, yendo como se dice: por Sol.

Es toda una larga y entretenida historia la del reloj de Gobernación, así se sigue llamando, a buen seguro que seguirá por los siglos de los siglos, el de la Puerta del Sol, el que preside el que fué antaño Ministerio de la Gobernación y hoy es tan sólo Dirección General de Seguridad. Las aleluyas y los versos, ya buenos o malos, los cuentos y los sucesidos han ido en aumento en torno del reloj de Sol y de la bola, que es, sin duda ninguna, ha sido y será, una atracción más para los que llegan de fuera, que fué y sigue siendo alegría jaranera —nos referimos a la caída de la bola— entre la frontera del año que muere y del que nace.

Madrid fué, y bien puede afirmarse que va, por Sol. Unos se llegan hasta allí para comprobar su cronómetro, otros se lo preguntan al amigo que acaba de pasar por allá, a la mujer que ha estado por el centro de tiendas y que, además de gastarse unas pesetas, ha puesto su relojito por Sol. Y hablando de relojes y de Sol, muchos han perdido el suyo, de bolsillo, al mirar con igual entusiasmo que si fuesen las piernas de una «vedette», el reloj de Gobernación. Para Sol, todas las horas guardan una muy semejante importancia, si bien ahora las noherniegas han bajado de categoría, de público que lo mira, que lo consulta; en cambio, en los relojes de las estaciones hay horas que bien pueden llamarse vacías, horas sin afán y sin quehacer. Andenes desiertos, silencio y soledad en torno; claro que luego vienen las horas en que el reloj es el sujeto más importante de todo aquel ámbito, el único que atrae todas las miradas. El nos va poniendo el corazón en vilo por la esfera, cada vez que la gran aguja da un saltito, el saltito que representa el kilómetro que avanza el convoy hacia la estación.

En el reloj de la estación, en ése del Norte que el fotógrafo ha sorprendido en una hora vacía, sin trenes que se van o que llegan, está la emoción de la espera, haciéndose creciente si en la pizarra anuncian que el expreso ha vuelto a perder media hora, y, por el contrario, bajando un punto, si el anuncio dice que el correo ha ganado quince minutos.

Para las guardias de los soldaditos, para saber a qué hora hay que volver a casa con los niños que han ido a tomar el sol en la plaza de la Armería, está allá arriba, en un remate del palacio, con sus muchachas con trompetas, sus guirnaldas y sus campanas, el hermoso reloj. Allí está sirviendo de guía

para el vivir doméstico en el barrio tranquilo y recoleto de Palacio; acaso más de una vez se guió por él Amado Nervo, vecino que fué de la calle de Bailén, reloj-guía para la vida del Senado antiguo y del Convento de la Encarnación, que guarda singulares riquezas.

Más permanente aún que el de Sol, en cuanto a la categoría que da a cada hora; menos localista, ya que noche y día rige la comunicación de los madrileños con el mundo, es el reloj del Palacio de Comunicaciones. Reloj que en lo arquitectónico nada vale, pero que marca sobre el azul de los telegramas, sobre los blancos sobres de las cartas, las horas felices, los tristes minutos que el reloj de arriba marca de modo inexorable.

Y hay una aguja lenta, como guadaña fina y otra larga, que siega los tréboles menores. Gangrena de las torres, su pulso determina el fin de los mendigos y los emperadores.

Así ha cantado Agustín de Foxá a los relojes. Se necesitaría un amplio saber de la historia del arte relojero, de la escultura, de la porcelana, de los bronce, la madera y tantas otras cosas para historiar por lo menudo los salones de los relojes palaciales, de los despachos donde se juegan horas de historia.

El más raro azar se produce en la relojería, en alguna relojería en donde todos caminan a unísono. Es algo así de raro como un parlamento unánime, como una familia sin disidentes.

El intermedio de la relojería no viene mal en nuestro itinerario madrileño como punto de descanso. De reloj del barrio quieto y tranquilo al reloj universitario que señala horas de enseñanza y que pronto puede verse en el suelo, porque allí, en aquel edificio, entre la piqueta del albañil.

Reloj del Banco con ángeles y cuernos de la abundancia, y reloj de la torre mudéjar. Toda una serie larga de relojes, de relojes con arte, con gracia y con máquinas de singular fama. Relojes que se han ido conociendo de generación en generación. Relojes madrileños de los que un día habrá que escribir una historia grande, y chica también, que acaso tenga un mayor encanto. Relojes que, como ha dicho Foxá en cuanto a los pequeños, en cierto modo algunas de las imágenes sirven para los grandes:

Tiene algo de planeta, o de sol diminuto; serpiente en nuestro brazo, ondula de tal suerte, que no sabremos nunca si oculta en su minuto el nardo de la Vida o el loto de la Muerte.

JUAN SAMPELAYO

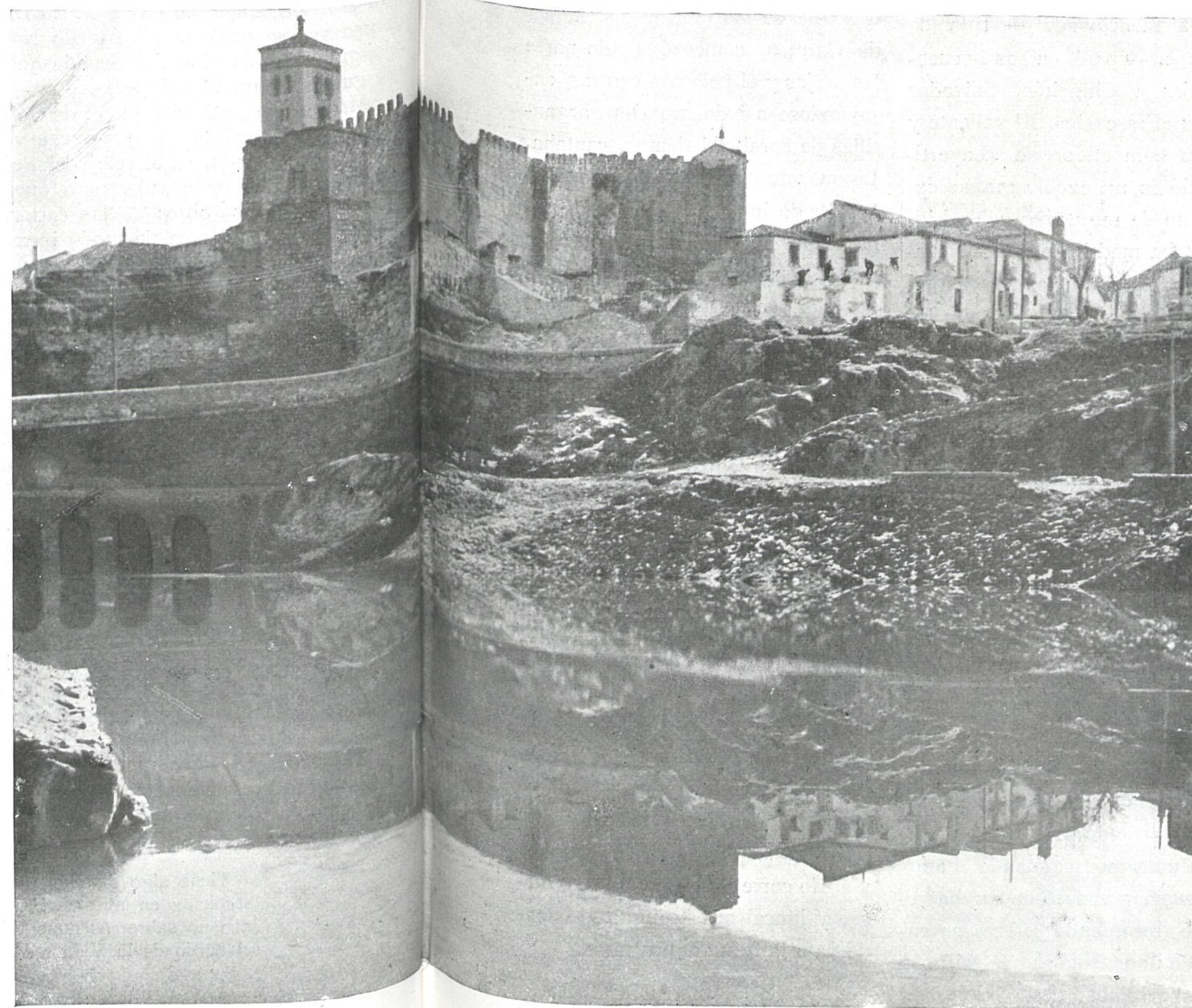


*El río Tajo, caudal más importante que pasa por la provincia, da ocasión en Aranjuez a bellos paisajes. Y cuando se adentra en la tierra parda de Castilla, la fertiliza creando ese gran emporio de riqueza que es la gran vega, oasis de la meseta castellana.*

*El Castillo de Buitrago se mira en las claras aguas de ese río tan fundamental para el abastecimiento del precioso líquido a la capital de España. El Lozoya, en su embalse principal, es como un gran foso que protege la fortaleza medieval en este siglo de adelantos y bomba atómica.*

(FOTOS LOYGORRI.)

## LOS RÍOS MADRILEÑOS



**T**ODOS sabemos del río madrileño por antonomasia: el Manzanares, al que tanto denostaron en sus versos y prosas poetas y literatos, con sorna y saña. Pero no son muchos quienes conocen las otras corrientes fluviales que rubrican páramos, pedrizas, valles y sotos de tierra Madrid: el Jarama, el Lozoya, el Guadarrama, el Alberche, el Aulencia, el Guadalix, el Henares y el Tajuña, entre los más destacados, y aún el propio Tajo.

Cuando dejamos atrás el lívido y descarnado vallear de una parte del Madrid meridional y descendemos al Vaciamadrid de los hedores, ya vemos venir disparado al Jarama, de Norte a Sur, cantando claridades serranas hasta sorber la vida del majo Manzanares. En Mejorada del Campo vertió en él su experiencia alcarreña y su sapiencia alcaláina el Henares. El Tajuña, río valiente, como así le llaman los jaques y jabatos de Morata, quiere andar a los alcances jarameños, pero después de echar bravatas por los términos de Ambite, Orusco, Carabaña, Tiernes, Perales, Morata, Chinchón y Titulcia, entrega sus alientos al caporal, el Jarama.

Es que corren mucho trecho matritense los galgos acuáticos de este río. Y apenas sale de la provincia de Guadalajara recibe el refuerzo del Lozoya, que le cristianiza y alienta. Luego su vida va cantando victorias por Talamanca y Fuente del Fresno, Paracuellos y San Fernando, Velilla de San Antonio y Vaciamadrid, San Martín de la Vega y Titulcia, Ciempozuelos y Aranjuez, en cuyas cercanías le echa las zarpas el Tajo. No creamos que es tan fácil, ni mollar, su recorrido. Pasa lo suyo, porque,

entre otras malaventuras, ha de pechar con una estepa malsana y despoblada, aunque en corto trecho, y afrontar los visajes lunáticos de Ciempozuelos, que corren tras el río en afán de convertir los peces en joyas.

Los ríos guadarrameños, el Lozoya, el Guadalix, el Alberche, el Guadarrama y el Manzanares, por nacer todos ellos en el enfaldo carpetovetónico, llevan tuétano serrano en su sustancia; pero las pedrizas berroqueñas les quitan alientos, y aunque les cantase versos halagüeños el propio Arcipreste de Hita, la díscola zarabanda del paisaje, seco y hosco, quita muchos de sus arrestos, y apenas lucen.

No. Donde brilla y prepondera la cuenca fluvial matritense —aunque parezca mentira, una de las más importantes de España— es Madrid abajo, en sus declives del Mediodía, por Arganda, Morata, Titulcia, Ciempozuelos, San Martín de la Vega, Mejorada del Campo y Aranjuez, claros y anchurosos espejos del Jarama, del Henares, del Tajuña y del Tajo fronterizo, bien dispuestos a alimentar valles jugosos, a crear huertas pródigas, a ensalzar sotos y alamedas ante la pobre esterilidad de páramos y lomas arropadas, como mendigos, en sus capas y mantas terrizas.

Al abandonar Madrid —villa centrífuga a regañadientes— es cuando más advertimos que tierra Madrid, desde los atochares antiguos, no es Castilla, sino Mancha y su poco, o mucho, de Andalucía. Basta ver y examinar sobre una de las alturas que nos brinda el camino que va desde el Puente de Arganda a Chinchón, la vega que, como una inmensa y luminosa larga torera, extiende Morata. Olivos claros y alegres respuncean los predios, cuajados de verdes y negras miradas aceituneras. Fru-

tales amparan las hortalizas. Hasta pitas esgrimen sus navajas en las lindes, y no es raro tropezar con intrincado laberinto de chumberas de manos abiertas en la espinosa advertencia. Por aquí trotó muchas veces el caballo fachendoso y brillante —manta jerezana sobre la silla— de Luis Candelas, al que seguían en su cabalgada de vuelta y esconditel, Balseiro y Paco el Sastre. Porque antes de saltar a la otra vega, la de Chinchón, el terreno, enhestado en natural gallardía de fortaleza, abre cuevas aparentes para pedigüeños trashumantes, pero también para andarríos y facinerosos al margen de la ley.

En un mesón del pasado siglo, situado en el suave esguince de la carretera mencionada —venta de bética traza— paró, en sus frecuentes viajes a Chinchón, Salvador Sánchez «Frascuero». El valiente y gallardo competidor de «Lagartijo» nació en un pueblo granadino, pero vino de muy niño a Madrid, y resultaba madrileño por sus cuatro costados. En el apogeo de su vida torera recreaba la vista y los otros sentidos, para bien de su espíritu, en esta amplitud del paisaje de Morata, que tanto le recordaría su recodo natal. Y aunque el buen papelista y pundonoroso lidiador plantó su ocaso, cosido de cornadas, en el también matritense Torrelodones, era aquí, y no en las canteras graníticas de las estribaciones serranas, donde «Frascuero», como sentado en el estribo de una barrera, desleía sus más emotivas remembranzas.

Yo recuerdo —estampa maravillosa— en tan bello y hermoso recodo del acotado provincial madrileño, a unas mozas, cuando el atardecer suave y sedoso de un día veraniego, recogiendo cerezas encendidas de unos frutales que sobre su delantal arrojaban desde la cruz del

árbol alborozados mozallones. El sol, aún en su declinar, apretaba lo suyo, y había, por consiguiente, bochorno y hasta calina, el vaho de la tierra con tempero del riego y alientos calientes. El pueblo —Morata— de pinceladas blancas, rosadas y amarillas, gozaba, sin duda, la gloria de su cosecha. Iban los labradores y hortelanos por los caminos de sus fincas, los pantalones rezagados, descalzos, en mangas de camisa y el azadón al hombro. Algunas mujeres, enlutadas, regresaban a sus casas, ocultándolas el pañuelo casi todo el rostro, igual que a las moras. Algún borriquillo gris y orejudo, de pensativa filosofía, abrevaba en el Tajuña, aromado de hierbabuena y a punto de reflejar el lucero de la tarde. Una de las muchachas, llamada Carmen, comenzó a adornarse las orejas y el pelo con cerezas, enjoyándose así de grandes gargantillas de coral. Al tiempo, cantaba. La morosa amplitud aquella barbotaba de inmensa euforia. Resultaba tan agradable y gustosa la tarde, que no hacían falta orquestas para que se oyese las armonías musicales de una chispeante y bullanguera sinfonía. Y era el río, el Tajuña melodioso y valiente, estallando en orquestación prodigiosa de trinos, arpegios y risas. Porque no puede haber júbilo en la Naturaleza donde no corra el agua. Aunque el fuego le haga hirviente en pasional rejuvenecer, también guarda ternura y virginal entereza que refresca y limpia tierras y cuerpos.

Estos campos meridionales de la provincia de Madrid, viejos y gastados, todavía, cuando hay sol de estío, brindan rojos madroños de cerezas a las mozas y a los árboles, y el río corre más esperanzado, alegre y juncal que la multitud cuando va a la fiesta de los toros.

JULIO ESCOBAR